

Me ha tentado dilucidar el sentido del título, pero definitivamente creo que, como se suele repetir de forma tópica, habla por sí solo. He sabido desde que tengo uso de razón, y es probable que lo intuyera antes, de siempre, que las mujeres sostienen nuestro mundo. Para mí, la lucha de sexos y lo demás es política, búsqueda del poder.

Más allá del testimonio –y no otra sería la intención de la autora, de la que no queda ni una triste foto, toda vez que después de la publicación del libro en 1945 desapareció de la vida pública por completo hasta su muerte en 1975– ‘Una librería en Berlín’ (Seix Barral) de Françoise Frenkel, vertida al español por Adolfo García Ortega y con prefacio de Patrick Modiano, bien puede leerse como una de las tan careadas novelas de autoficción, por lo rocambolesco del argumento, muy bien narrado, además.

La historia parte de su amor incondicional a los libros desde niña, en su Polonia natal. Ya de chica, estudiante en París, su afición a los buquinistas del Sena y a las polvorientas tiendas de viejo le llevan, al cabo, a convertirse en librería durante el período de entreguerras, al abrir una tienda exclusivamente francesa en la capital alemana. Curiosamente el negocio se mantiene gracias a las clientas, se ve que ya en aquella época la proporción de lectoras era muy superior, no sé si de forma tan abrumadora como lo es hoy. Conoce cierta prosperidad hasta el momento de la liquidación de la república de Weimar. Con la promulgación de las leyes de Nüremberg y el consiguiente incremento del horror y de la violencia del fanatismo nazi se ve obligada a abandonar a su suerte sus amados libros.

A partir de aquí, con su mundo derrumbado, atropellada y acorralada por la historia, el apartamiento familiar, la soledad, la desorientación, la huida interminable (París, Avignon, Vichy, Niza...), las redadas, cacerías, delaciones, arrestos, prisiones, tribunales... Las desgarradoras vicisitudes de quienes escaparon a la deportación al Este, camino de la muerte; la bondad extrema de aquellos, sobre todo saboyanos y mujeres, monjas incluidas, que no se doblegaron ante el colaboracionismo canalla y escondieron a los fugitivos para evitarles los campos de concentración, jugándose su propio pellejo. Y, sobre todo, durante toda su odisea, el valor para afrontar las preocupaciones y sufrimientos, los reveses uno tras otro, la alegría y una calma poderosa en medio de las desgracias,

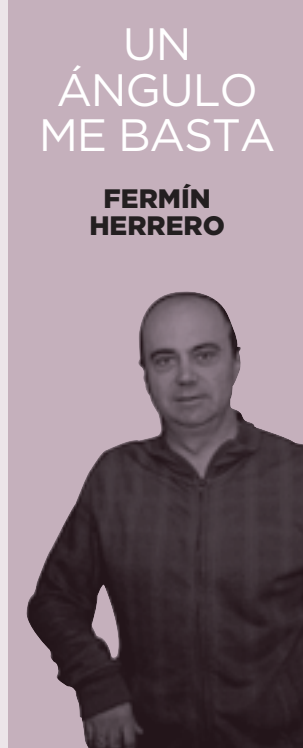
sus esfuerzos para no caer «en una indiferencia lúgubre, en una inercia absoluta», que dominaban el ambiente. Frenkel representa la entereza ante el destino de tantas heroínas anónimas que atravesaron las guerras mundiales y resistieron el descalabro para hacer renacer a Europa tras las hecatombes bélicas. Me ha recordado a las esclavas valientes y abnegadas que en nuestra posguerra sostuvieron y levantaron el país y que sin embargo no tienen ni derecho a pensión, ante la indiferencia generalizada de los partidos políticos de toda condición, por no haber cotizado.

Con anotaciones complementarias en analepsis, ‘Buena alumna’ (Minúscula) de Paula Porroni, aunque se presenta como novela, parece una especie de diario urgente, incluso en el estilo de fraseo breve, machacón y sincopado. De nouvelle de aprendizaje también, porque su madre potentada le ha dado a la autora un año de plazo para seguir sufragando sus gastos, de lo contrario deberá abandonar su propio camino y volver a su lado a Argentina. El intento de emancipación tiene lugar en Inglaterra. Pisos de subalquiler compartidos. Comida basura. Footing a muerte mientras los estudiantes practican ‘pub crawl’ hasta perder la consciencia. Reparto de copias de currículum. Empleos tem-

Frenkel representa la entereza ante el destino de tantas heroínas anónimas que atravesaron las guerras mundiales y resistieron el descalabro



Bridget Christie, durante una actuación. ■ T. SAETRE



porales y mal pagados, si bien desecha, por considerarlo humillante y propio de gente sin suerte ni talento ser profesor de lengua.

De un narcisismo desaforado, apabullante, a ratos desolador, propio de los tiempos internautas que corren, es una muestra de la fuerza inusitada de muchas jóvenes de hoy en día, bien preparadas, y de algunas escritoras hispanoamericanas que aúnan rigor y desparpajo, como, por caso, la mexicana Valeria Luiselli, que trajimos a estas páginas hace un tiempo y acaba de publicar un reportaje estremecedor, al empezar la era Trump, ‘Los niños perdidos’. Ahí es nada acompañar a la agobiada Porroni, tan lista que se huele hasta la impaciencia en los emails, sacrificándose, luchando a brazo partido para no ser un cero a la izquierda, para no confirmar la sospecha de haber malgastado su talento. Respecto a lo que no decíamos, por obvio, en el párrafo inicial, la casera de Cambridge le dice:

«todos los hombres son niños eternos».

De origen judío, como Frenkel, la icono del feminismo USA Gloria Steinem relata en ‘Mi vida en la carretera’ (Alpha Decay) un viaje triple: a lo largo y ancho del territorio norteamericano, hacia su historia y como muestra de lo variopinto de sus habitantes, a los que da voz a través de encuentros como activista itinerante, «conferenciante y espoleadora de grupos». Igual que Frenkel ha conservado durante toda su vida, aunque no en sus terribles condiciones, naturalmente, una esperanza y una energía propias del carácter femenino, en general mucho más ahincado a la existencia que el de sus congéneres masculinos. A sus ochenta y dos años, Steinem, natural de Toledo, Ohio, atribuye esta capacidad a su condición viajera.

Y en efecto, este libro es su particular ‘On the road’, aunque reniegue en él de la óptica de Kerouac. Ya el preámbulo narra una visita a un ‘pow wow’ de sioux lakota, en las Badlands de Dakota del Sur, junto a una colega cherokee y su hija, una cantante y dos escritoras afroamericanas, «una cuadrilla de seis mujeres fuertes», para celebrar el matriarcado ancestral de esta etnia. En realidad, su vida se ha acomodado al concepto de ‘road movie’ –de hecho, cita ‘Thelma y Louise’– desde su infancia, desde la propensión al nomadismo, que heredó, de su quijotesco y temerario padre, Leo, retratado como un punto filipino. Puede decirse que, como la de Borroni, es una narración iniciática, en su caso sin pausas y al modo de las memorias personales, que centra en sus errancias.

La iniciación viene de la India, por donde anduvo dos años vagando, a veces en trenes exclusivamente femeninos, donde curiosamente conoció los círculos de discusión aldeanos, tribales, que tiempo después, en forma de grupos de concienciación prenderían en el movimiento feminista. Steinem participó en la marcha sobre Washington, ama los campus y se declara adicta a las campañas electorales –entre otras candidatas, apoyó a Hillary Clinton y luego contribuyó al triunfo de Obama–. A partir de la locura, en ocasiones surrealista, de la carretera, una caja de sorpresas, con los minireportajes-crisol de sus andanzas, que cuentan la experiencia de perspicaces taxistas –como aquel extravagante al que quiso impresionar Trump–, azafatas, estudiantes universitarios, habitantes de las reservas... se aprende muchísimo sobre la realidad de Estados Unidos, desde la mansión en el desier-



UNA LIBRERÍA EN BERLÍN

Françoise Frenkel, Seix Barral, 296 pp., 18,50 €.



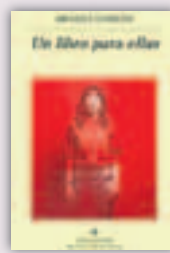
BUENA ALUMNA

Paula Porroni, Minúscula, 120 pp., 16 €.



MI VIDA EN LA CARRETERA

Gloria Steinem, Alpha Decay, 362 pp., 23,90 €.



UN MUNDO PARA ELLAS

Bridget Christie, Anagrama, 368 pp., 19,90 €.

to de Frank Sinatra a los gari- tos furtivos donde repostan los camioneros. Y también sobre lo intemporal y el espíritu de la tierra que guardan las culturas primitivas.

Una reseña sexista le sirvió de acicate a Bridget Christie, «la cara feminista del humor», para decidirse a escribir un muestrario de sus monólogos, ‘Un mundo para ellas’ (Anagrama), el título no puede ser más explícito, a tumba abierta, a saco se diría ahora, como «venganza creativa contra las penalidades de la vida cotidiana». La autora reconoce a Steinem como «feminista y adrenal de los derechos humanos» y añade de cachondeo «que suele dar conferencias en un traje que perteneció a Benito Mussolini». No obstante, al final, en el apéndice ‘Bibliografía recomendada’, no la cita y sí a sus colegas de congresos, charlas y círculos Betty Friedan y Alice Walker.

Christie, que con su vis cómica, apreciable a lo largo de toda la narración, se ha metido al público británico en el bolsillo, recurre a parecida munición y a la ironía de sal gruesa de los monologuistas patrios más famosos. Así que estamos ante un libro muy recomendable para quienes disfrutan con la frivolidad humorística de este subgénero televisivo de moda. El artefacto resultante de estas intenciones se lee con una sonrisa en los labios, además Christie se burla de todo, sin excepción, empezando por ella misma o los sacrosantos debates y encuentros sobre feminismo. No aspira a componer un sesudo ensayo, ni un ensayito siquiera, sino a que el libro se apile con dignidad en la sección de humor de una librería o unos grandes almacenes.

Para empezar, la introducción ocupa treinta y cinco páginas y gira en torno a la venosidad, que le suscitó una epifanía, de un dependiente analfabeto, a la que considera «elemento clave de mi biografía». Hay que tener mucha gracia, o enmascararla al menos, como Quevedo, para sostener sin cansar lo escatológico, desde una flatulencia, de esta manera. Con muchas tablas, Christie, que se ha fogueado en multitud de bolos por el circuito londinense, la tiene, se le ve muy suelta, además, en la escritura, supongo que como en la loada desenvoltura de su faceta oral. Aun arrepentida de haber sacado tajada con su espectáculo sobre la opresión de la mujer, punto de partida, no deja títere con cabeza ni hombre que no sea mujer. Sus verdades como puños arrasan con el sexismo, Patti Smith, la misoginia, Mary Shelley, la mutilación genital femenina, el terrorismo doméstico, los modelos a seguir...